

SERRUCHO

Ejemplar N°52 (edición especial)
29 de octubre de octubre de 1996

CARTA AL DIRECTOR

Señor Director:

Tengo el sentimiento de comunicar a usted el sensible fallecimiento de nuestro inestimable carreta Manano, ocurrido esta madrugada en su domicilio aquí en Viña del Mar. Sus funerales se efectuarán mañana 29, en el cementerio Parque del Mar, después de una misa que se oficiará en la iglesia del mismo cementerio, a las 12.00 horas. Hoy habrá una misa en su recuerdo en la capilla de Reñaca, a las 20.00 horas. Vaya para su familia un profundo sentido de pesar. Por su intermedio y para conocimiento de todos los compañeros de curso, quisiera dejar estampado en Serrucho al menos un testimonio, por ahora, de lo extraordinario que fue el carreta. La semana antepasada lo fui a ver a su casa. Como siempre estaba muy animado e interesado por los carretas. Por supuesto que me insistió en que le avisara con tiempo cuándo sería el próximo almuerzo de curso, porque quería asistir para ver a sus amigos. Al despedirme me dijo: "Si ves a alguien del curso por ahí que tenga problemas, házmelo saber, tal vez yo pueda hacer algo por él". Manano estaba ya con dificultad para hablar y con medio cuerpo paralizado. El miércoles pasado, la última vez que lo vi, haciendo un gran esfuerzo por darse a entender, me preguntó nuevamente cuándo sería el almuerzo de los carretas. En ese momento, Manano, el extraordinario carreta, sin duda consciente que libraba una difícil lucha por sus últimos días de vida, además de tener tiempo para pensar en su familia, también se acordaba de sus amigos.

Atentamente

Juan Chales de Beaulieu

Viña del Mar, 29 de octubre de 1996



EDITORIAL

Me imagino que la primera vez que vi a Manano debemos haber tenido cerca de ocho años. Nuestros respectivos padres habían sido compañeros en la Escuela Naval y solían organizar paseos con niños. Manano y Sergio me resultaron muy entretenidos por ser un par de malandrines medio acampados a los que se les solían ocurrir maldades que estaban más allá de nuestra realidad bastante más urbana.

Como estos eventos eran en el campo, ellos estaban muy en su elemento.

Ellos deben haber sido algunas de las razones por las que, cuando entré a la Escuela Naval, no me sentía ingresando a un lugar extraño, sino más bien cambiándome a otra casa, pero en la que había muchos conocidos.

Sus padres, Sergio y María Isabel a quienes siempre llamé "tíos" y consideré como parte de mi familia, los criaban como ellos eran. Sencillos, cariñosos y estrictos. El tío Sergio estudioso, trabajador, detallista y muy bueno en deportes. La tía dulce, cariñosa y abnegada. Doris Day solía parecerse a ella, pero me imagino que le faltaba una familia como esta. Recuerdo haber visto a nuestros padres conversando muy contentos en un domingo durante una de las primeras visitas en las que no éramos más que reclutas con poco pelo, pero con un traje y un orgullo enormes.

Es grande la cantidad de aventuras y desventuras que vivimos juntos, desde esas primeras visitas de nuestros orgullosos apoderados en la Escuela Vieja, hasta los últimos proyectos que hicimos juntos estando él ocupando el cargo de Subgerente de Recursos Humanos en su empresa.

Hubo dos cosas que nunca cambiaron ni con el tiempo, con la localización geográfica ni la situación.

Lo primero tiene que ver con su especial carácter. No importa donde nos encontrábamos, en los patios de la Escuela Naval, en la cubierta de la Esmeralda, en las salas de la Escuela de Ingeniería, en las oficinas o en las plantas de su empresa; jamás perdió su mezcla única de humor con profundidad en su pensar y en su actuar. Los que no le conocían bien tenían dificultades para saber si estaba hablando en serio o en broma. A veces eran ambas cosas al mismo tiempo. Él podía hacer eso.

La segunda cosa es la amplitud de sus inquietudes. Armando logró mantenerse como un hombre armónico y equilibrado en todas las áreas de su vida. Familia, trabajo, amigos, deporte, espíritu y religión, son algunos de los aspectos que dan testimonio de los múltiples impulsos que le ocupaban permanentemente. Tanto así que expresaba molestia consigo mismo cuando no podía cumplir con todo y con todos al nivel que él mismo se exigía. Es muy fácil admirar a una persona así.

Carreta, tus ciclos terminaron. Estuvieron bien hechos. Ahora te puedes ir tranquilo. Nos vemos.

Víctor Benavente Pierret

Santiago, 1 de Noviembre de 1996